

Luna creciente

Gabriela Bosch Garfias

No lo había visto durante el abordaje. Estuve mirándolo unos segundos antes de preguntarle:

—¿Gusta algo de beber?

Tenía la piel curtida por el sol, gruesa, con esa tonalidad que sólo dan las jornadas de trabajo extenuantes, en contacto con la tierra. Sus manos eran desproporcionadamente grandes, secas. En las uñas se podía ver que traía con él un pedazo de ejido, seguramente lo llevaba también en el corazón.

—Agua.

Recuerdo todavía su cara, pequeña como él. Ojos casi negros, negros diría yo, y con esa mirada que nerviosamente se desvía, casi siempre hacia abajo, cuando lo ves directamente a los ojos. Tenía una mancha más oscura que el resto de su piel en la sien izquierda, parecía una luna creciente, tal vez un lunar, a propósito de su forma.

—¿Agua solamente? —insistí.

—Sí, nomás.

Era curioso, la cerveza es la bebida más apreciada en estas rutas en las que transportamos a tanta gente que llega a la frontera para cruzar ilegalmente al otro lado y tener la oportunidad de ganar lo que en su país se les ha negado y que por derecho les corresponde. ¿En dónde estás Emiliano?, ¿qué pasó con eso de que “la tierra es de quien la trabaja...”?

El tiempo estaba encima y había que pseudoalimentar y saciar la sed de ciento veinte personas más; sin embargo, entre cerveza y Coca-cola, no podía dejar de buscarlo con la vista de vez en cuando.

—Una Corona —pidió un cuerpo sin rostro, dos filas adelante.

“No tiene más de veinte años”, pensé. Tenía la vista perdida más allá de la ventanilla. ¿Qué le pasará por la mente? De seguro se pregunta si volverá a ver a su madre o a alguno de sus once hermanos,

o pensará en las cosas que tendrá que pasar antes de obtener un trabajo en la pizca de no sé qué, o tal vez en la construcción. ¿Sobrevivirá a la geografía de la región fronteriza, en su mayoría desértica o, lo que es peor, a las macanas de los muy respetables agentes de migración estadounidenses? Sí, esos que en vez de portar una gorra con una placa reluciente, deberían llevar puesta una capucha larga y puntiaguda, blanca para rematar el insulto, y con dos agujeros que permiten descubrir miradas fanáticas con sed de exterminio.

Al pasar nuevamente por el pasillo (ya sin el carro-oasis de bebidas), escuché su voz, parecía que pedía algo sin querer hacerlo:

—¿Me da más agua? —al mismo tiempo extendía el brazo para mostrarme el vasito vacío que sostenía en la mano.

Le dirigí una mirada casi maternal:

—Claro, en un momento —no, no tiene más de veinte años, pensé.

Volví con una botella llena de agua y un vaso con el líquido. Le di el vaso y, en tono de complicidad, le dije, señalando la botella:

—Ésta es para el camino.

No hizo falta el agradecimiento, sus ojos lo dijeron todo e inmediatamente bajó la mirada y guardó la botella en una bolsa de lona que tenía apretujada contra su cuerpo.

No me sentía satisfecha, hubiera querido pedirle, suplicarle, que no cruzara la frontera; mentirle sobre la situación del país, que me-joraría, que ya no sería necesario regar los campos gringos con sangre mexicana, que todo era un mal sueño y que, cuando despertara, vería que su parcela producía, que le daría para vivir a él y a su familia. Quería decirle que Emiliano no había muerto, que resurgiría en algún lugar, con todo y caballo, cananas y pistolas, y entonces todo se solucionaría.

“No cruces Heladio, Filemón, Justo, Aquilino, Rogaciano... Han clavado tantas cruces a lo largo de la barda que divide la frontera...”

No le dije nada, sólo le di la botella de agua.

La inclinación repentina del avión y el sonido del tren de aterrizaje

saliendo de su compartimiento anunciaban que era hora de revisar la cabina —el respaldo en posición vertical, señora—. “No cruces, estás a tiempo. No importa que hayas tenido que vender hasta la única vaca anémica que tenías para comprar el boleto de avión.”

Parada en la puerta, despedía a los pasajeros sin verlos. De pronto, esos ojos se toparon con los míos en un punto del espacio entre él y yo.

—Gracias —me dijo.

“¡No cruces!”, gritaba mi conciencia.

—Hasta luego, que le vaya bien —contesté.

Había pasado una semana y apenas si me acordaba del objeto de mi anhelo de justicia. Entré a la habitación del hotel, encendí el televisor y apareció una imagen del noticiero de la CNN. Aunque odio los noticieros, algo hizo que no cambiara de canal. Había un tipo sin personalidad sosteniendo un gran micrófono y, detrás de él, una camioneta de la migra. La cámara dio un giro y apareció un cuerpo en el suelo árido, agreste. Hubo un acercamiento, una luna creciente en la sien izquierda; única seña para identificar el cuerpo de uno más de los mojados; estaba expuesto ahí, en la pantalla, como advertencia: “...muerto de sed...” —alcancé a escuchar al reportero—. No entendía, ¿de sed?, ¿de sed de justicia? Los recuerdos de aquel vuelo se revolvían en mi cabeza, ¡la botella de agua!, ¿por qué no la bebiste poco a poco?, a sorbitos, no toda de una vez, ¿qué no viste nunca una película gringa?, ¿qué no te enseñaron lo suficiente en la escuela rural?, si es que alguna vez fuiste, ¿qué no llevabas brújula?, y las estrellas, ¿no te sirvieron para orientarte?, ¿no pensaste en el dolor que ibas a causarme?, en la culpa que me harías cargar sobre mis hombros porque no te dije: “NO CRUCES...”